**Quinto Domingo de Pascua - C - Jn 13,31-33a.34-35 15 de mayo de 2022**

En esta homilía de la liturgia del V Domingo de Pascua (8 de mayo de 1977), Mons. Romero no reflexiona sobre el texto evangélico del domingo. Sin embargo, hizo un llamamiento para que se entendiera bien la "misión de la Iglesia". Revisamos tres aspectos de esa misión, tal y como la expresó en esta homilía.

*1. “Solidarizarnos con las angustias y esperanzas de los hombres de nuestro tiempo, especialmente, de los más pobres, de los que sufren.”*

*2.* Haciendo referencia a un texto del Concilio Vaticano II dice*: “ Deber de la iglesia es dar su juicio moral, incluso sobre materias referentes al orden político, cuando lo exigen los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas”. “Queremos ser fieles a nuestra misión profética para orientar a los hombres en medio de tantas confusiones”.*

*3. “Quizá habíamos acentuado demasiado el amor a Dios y pensábamos que amábamos a Dios mientras tratábamos mal a nuestros hermanos.”*

Monseñor Romero nos enfrenta aquí de nuevo a dos tareas fundamentales para la Iglesia. Tal vez sean tareas que olvidamos fácilmente o que dejamos en segundo plano al prestar mucha más atención y energía a los rituales y las doctrinas.

En primer lugar, **ser solidarios con las preocupaciones y los temores de los más pobres y los que sufren.** Se trata de la gran mayoría de la población mundial que vive en la pobreza (como resultado del orden mundial político, económico y militar que hemos construido). No sólo están lejos, sino también cerca, en nuestros pueblos y quizá especialmente en nuestras ciudades. Son personas de nuestro entorno y un número cada vez mayor de personas que han venido de otros lugares, han huido, han sido perseguidas, se han empobrecido: han tenido que dejarlo todo. Por supuesto, hay mucho sufrimiento, dolor e impotencia entre ellos.

Pero también están los que sufren. No sólo los pobres sufren. Hay mucho sufrimiento en nuestro mundo. Sufrimiento cuando se está (gravemente) enfermo, cuando se está hospitalizado, cuando se envejece, después de un accidente. También hablamos de sufrimiento como resultado de la exclusión y el abuso. Sufrimiento cuando ya no vemos luz en el camino, porque ya no podemos con la vida, cuando estamos realmente "quemados". Sufrimiento también detrás de las rejas, donde las personas encarceladas pagan un precio muy alto por su delito y acaban realmente en un proceso de deshumanización. Sufrimiento psicológico y soledad. Sí, hay mucho sufrimiento en nuestro mundo.

Monseñor Romero dice que nuestra misión como Iglesia es ser solidaria, profundamente solidaria, con las preocupaciones y las angustias de los pobres y de los que sufren. No podemos, por supuesto, ser solidarios con todo y en todas partes al mismo tiempo, pero cada uno de nosotros, los cristianos, debemos ser solidarios de forma prioritaria con personas concretas, aquí y/o lejos. Y como Iglesia mundial debemos estar presentes en todas partes, en solidaridad. Afortunadamente, hay muchos ejemplos y testimonios concretos de algunas personas conocidas y, sobre todo, menos conocidas (de a pie) que lo hacen de forma notable. Pueden animarnos a no rendirnos.

Una de las grandes preocupaciones de Monseñor Romero ha sido siempre fortalecer la esperanza de su pueblo, para que no pierda la esperanza de recuperación, de vida y justicia, a pesar de la explotación y la represión. Por eso nos pide que, en nuestra solidaridad con los pobres y los que sufren, reforcemos esos destellos de esperanza, que seamos signos de esperanza en medio del miedo y el sufrimiento. Nuestra fidelidad y respeto son muy importantes. Con nuestra palabra y nuestro silencio, con nuestros actos y nuestras acciones, podemos dar testimonio de que la Vida lo logrará a pesar de todo, de que nuestra esperanza está bien fundada. Esto es fundamental si queremos ser la Iglesia de Jesús.

En su segundo pensamiento, Mons. Romero nos lleva a la misión profética. Para él, entonces, y para nosotros, hoy, son verdaderamente tiempos de gran confusión. La sociedad es cada vez más compleja. Bélgica es un excelente ejemplo de una sociedad con estructuras sociales, económicas y políticas muy complejas. La digitalización lo hace aún más difícil para las personas mayores. Los medios de comunicación social y oficial nos abruman con noticias, con datos, con imágenes, y nadie sabe realmente qué es verdad y qué es mentira. Los tiempos de guerra están llenos de mentiras porque la información y la influencia son una parte importante de la guerra.

Monseñor Romero volvió a explicar a su pueblo que una tarea fundamental de la Iglesia es hablar, aportar claridad, discernir, hacer retroceder la confusión. Una Iglesia que no habla se convierte en corresponsable cuando se trata de violaciones de los derechos humanos. La Iglesia, por supuesto, no debe dar voz a los opresores y explotadores, sino que debe ser la voz de los oprimidos y explotados. Por supuesto, las iglesias en Europa han perdido gran parte de su poder de expresión. Por lo tanto, tal vez habría que buscar la acción y el discurso profético ecuménico e interreligioso. Su misión es "permanecer fieles a nuestra misión profética de acompañar a las personas en medio de tanta confusión".

Por último, unas palabras sobre la tercera aportación de Monseñor Romero en esta homilía sobre la misión de la Iglesia. Echa un vistazo a la historia reciente. Se da cuenta de que la Iglesia se ha alejado demasiado de la gente "pobre y que sufre". Dice claramente que no se puede predicar que podemos y debemos amar a Dios, y al mismo tiempo tratar mal a los hermanos. Las familias ricas han tenido durante muchos años lugares privilegiados en los edificios de las iglesias y en las procesiones religiosas, mientras que en sus empresas y en su entorno la gente pequeña es constantemente humillada y explotada. Lo que hace hoy el Patriarca de la Iglesia Rusa Oriental es un ejemplo de lo contrario de lo que nos pide hoy Mons. Romero. No se puede hablar de honrar a Dios si se aprueba la muerte y la destrucción en Ucrania como consecuencia de la invasión Rusa.

**Tres preguntas que invitan a la reflexión y a la acción personal y comunitaria.**

1. ¿De qué manera soy hoy solidario con la preocupación y el miedo, y con la esperanza de los pobres y los que sufren? ¿Qué importancia tiene este compromiso en mi vida como miembro de la Iglesia?

2. ¿Qué hago para estar bien informado sobre lo que ocurre en el mundo (cercano y lejano), y qué contribución hago para buscar la verdad y la claridad en mí mismo y en los demás? ¿Hasta qué punto estoy dispuesto a defender muy activamente la justicia y a denunciar la injusticia? ¿Qué hacemos como Iglesia al respecto?

3. ¿Cómo podemos orar y celebrar en nuestra comunidad eclesial de forma coherente con nuestro trabajo por un mundo más justo y sostenible? ¿Cómo pueden estos dos polos de nuestra comunidad eclesial influirse y fortalecerse mutuamente?